Los fundamentos teológicos de la filosofía de la naturaleza

Fr. Ghislain-Marie Grange

¿Por qué debería interesarse el cristiano por la física? En santo Tomás de Aquino hay una amplia reflexión sobre este tema. Se basa en lo que él llama la distinción de las criaturas. Dios da el ser a cada criatura, pero la creación se organiza en un conjunto de criaturas divididas en tres grupos: los ángeles (criaturas puramente espirituales), los cuerpos y el hombre, compuesto de cuerpo y espíritu.

El teólogo se interesa primero por las criaturas espirituales, el hombre o el ángel, porque son capaces de conocer y amar a Dios. El interés por las criaturas puramente corporales es más difícil de entender. Ahora bien, la disciplina que estudia estas criaturas en su aspecto corporal, es decir, en el aspecto en que están sujetas al devenir, es la física o filosofía de la naturaleza. Santo Tomás de Aquino pone de relieve las razones teológicas para estudiar las criaturas corporales y lo hace mostrando por qué el teólogo debe interesarse por la física.

I. La física en San Agustín

Agustín advierte contra el exceso de investigación sobre la naturaleza: la física es una cuestión de curiosidad. El cristiano debe remontarse de la naturaleza a Dios, pero sería peligroso indagar demasiado en la naturaleza. Hay que limitarse a lo necesario para llevar una vida recta y comprender las Sagradas Escrituras[1] . Pero no hay que ir más allá para evitar una tensión innecesaria de la mente. Por ejemplo, en astronomía:

> «Este conocimiento [del curso de los astros], aunque no implica ninguna superstición, es de muy poca ayuda, casi nula, para el estudio de las Sagradas Escrituras y más bien molesta por la tensión inútil de la mente. Pero como tiene una estrecha relación con el error muy pernicioso de los astrólogos que anuncian en voz alta destinos ridículos, es más oportuno y honorable considerarlo insignificante[2] ».

La razón de este desinterés por la física se encuentra muy probablemente en la admiración de Agustín por el platonismo. Como explica el propio Agustín en La *ciudad de Dios*, los cuerpos

[1] AGUSTIN, *De doctrina christiana,* II, XXIX, 45 (BA 11, p. 309).
[2] AGUSTIN, *De doctrina christiana,* II, XXIX, 46 (BA 11, p. 309-311).

son sensibles, pero Dios es inteligible[3] . La física es una escalera que se puede empujar con el pie una vez que se ha llegado a la cima.

> «Cuando nos preguntamos qué debemos creer en materia de religión, no se trata de indagar en la naturaleza como hacen aquellos a quienes los griegos llaman físicos. Por lo tanto, no hay que temer que algunas partes de lo que concierne a las propiedades y el número de los elementos, el movimiento, el orden y el eclipse de los astros, la forma del cielo, los géneros y la naturaleza de los animales, las plantas, los minerales, las fuentes, las flores, las montañas, las distancias de los lugares y los tiempos, los signos que anuncian la inminencia de las tormentas y mil otros detalles de los descubrimientos que han hecho o imaginan haber hecho, se escapen al cristiano. Porque ellos mismos no lo han descubierto todo [...]. Al cristiano le basta con creer que la causa de todas las cosas creadas, tanto visibles como invisibles, no es otra que la bondad del creador, que es el único y verdadero Dios[4] ».

¿Siguió Agustín realmente sus propios consejos? Porque produjo cinco comentarios sobre el comienzo del Génesis, de diferente tamaño y ambición, en los que surgen necesariamente cuestiones naturales. Agustín habla de los cuatro elementos, de la naturaleza de la materia, de la forma del cielo, de la naturaleza de los astros, de las mareas, etc.[5] . Sin embargo, se mantiene fiel a sus principios: el conocimiento de la física sirve para comprender las Escrituras y defender la fe. Porque el Génesis ha sido objeto de diversas objeciones por parte de los filósofos y es necesario responder a ellas. Por lo tanto, sus consideraciones científicas están salpicadas de advertencias contra la curiosidad excesiva. Por ejemplo, sobre la forma del cielo:

> «Muchos han discutido mucho sobre este tema que nuestros autores cristianos, más sabios, han dejado de lado: porque este estudio es inútil para alcanzar la bienaventuranza y, lo que es peor, ocupa un tiempo muy precioso que sería mejor emplear en investigaciones más provechosas[6] ».

Por lo tanto, en Agustín no hay un estudio de la física por sí misma. Los cuerpos no son más que un medio para elevarse hacia el cielo, según una perspectiva platónica. El uso que Agustín hace de las ciencias es principalmente apologético: se trata de comprender las Escrituras y evitar interpretaciones que entren en conflicto con los datos de las ciencias naturales. No hay lugar para la sabiduría sobre el mundo.

En el siglo XIII, sin embargo, con la llegada de los escritos de Aristóteles, el ambiente cambia radicalmente. Alberto Magno está fascinado por la *Física* de Aristóteles: la comenta para explicarla, pero también para glorificar al Creador.

---

[3] AGUSTIN, *La ciudad de Dios,* VIII, VI (BA 34, p. 253-255).
[4] AGUSTIN, *Enchiridion,* III, 9 (BA 9, p. 117).
[5] Véase Henri-Irénée MARROU, *Saint Augustin et la fin de la culture antique,* Boccard, 1958, pp. 454-455.
[6] AGUSTIN, *La Génesis en sentido literal,* II, IX, 20 (BA 48, p. 175)

II. Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás de Aquino reconoce la necesidad de estudiar las obras divinas en la teología, estableciendo el amplio marco de salida (*exitus*) y retorno (*reditus*) procedente del neoplatonismo. Al comienzo del segundo libro de la *Suma contra los gentiles*, santo Tomás enuncia más precisamente cuatro razones por las que el estudio de las obras divinas es necesario para el cristiano[7] . El estudio de las criaturas permite: 1) admirar la sabiduría divina que se difunde a través de la comunicación de su semejanza en las criaturas; 2) admirar el poder de Dios que da el ser a las cosas; 3) encender el corazón por el amor a la bondad de Dios, que contiene todas las perfecciones que vemos participadas por las criaturas; 4° adquirir una semejanza con la perfección divina, ya que Dios, al conocerse a sí mismo, conoce todas las cosas. Lejos de apartar al hombre de la contemplación de Dios, el estudio de la naturaleza es uno de los caminos para ello. Y la física es uno de los medios, como veremos a continuación.

1. Teología y filosofía de la naturaleza

Antes de abordar la contribución de la física, precisemos su lugar en la jerarquía de las ciencias. Para santo Tomás de Aquino, el objeto de la física es el ser móvil (*ens mobile*), es decir, el ser sujeto al cambio. Aquí hay que entender el movimiento en su sentido amplio aristotélico.
Esto nos lleva a considerar el siguiente orden para las ciencias. Como explica Tomás de Aquino, el físico recibe sus principios del metafísico (santo Tomás compara la relación de la física con la metafísica con la relación de la medicina con la biología)[8] . Pero la teología es la ciencia arquitectónica, es decir, la que utiliza las demás ciencias como sirvientas, pero sobre todo les da sus fines. Santo Tomás de Aquino compara a menudo la ciencia arquitectónica con el gobierno que pide la construcción de un barco con un fin que conoce y encarga su construcción al constructor naval.

2. Creación y distinción

Los lugares en los que santo Tomás de Aquino fue más lejos en esta visión de la sabiduría son los estudios de la creación corporal a partir de las obras de los seis días de la creación. Hay dos tratados completos en su obra: el primero se encuentra en el comentario de *las Sentencias*[9] , el segundo en la *Suma de Teología*, dentro de la parte sobre la distinción de las criaturas[10] .

---

[7] TOMAS DE AQUINO, *ScG,* II, 2.
[8] TOMAS DE AQUINO, *De veritate,* q. 9, a. 1, ad 3.
[9] TOMÁS DE AQUINO, *In II Sent.,* d. 12-15.
[10] TOMÁS DE AQUINO, *Sum. theol.,* Ia, q. 65-74.

a) Obra de creación y obra de distinción

Santo Tomás de Aquino estudia la distinción de las criaturas corporales siguiendo la estructura de los seis días de la creación. Se trata de un tema clásico, procedente de los Padres de la Iglesia, que a veces se denomina «Hexamerón» cuando se trata de un comentario versículo por versículo del primer capítulo del Génesis. Pedro Lombardo retomó este estudio en las distinciones 12 a 15 de su segundo libro de las Sentencias. En la Edad Media, las criaturas corporales se estudian de manera clásica siguiendo el marco de los seis días de la creación.

Tomás de Aquino, bajo la influencia de su maestro Alberto Magno, estudia estos seis días siguiendo una estructura adicional, bipartita o tripartita. Antes de los seis días, según el Génesis, Dios crea el cielo y la tierra, es decir, el universo corporal en un estado informe, antes de darle forma durante los seis días. La creación de este estado informe se denomina «obra de la creación» (*opus creationis)* y su formación durante los seis días se denomina «obra de distinción» (*opus distinctionis)*. Esta segunda obra se subdivide en dos: la obra de distinción (*opus distinctionis)* en sentido estricto, que corresponde a la distinción de las tres grandes partes del mundo (superior, intermedia e inferior) durante los tres primeros días, y la obra de adornamiento (*opus ornatus),* que da a estas grandes partes sus habitantes (lumbreras, animales celestes y terrestres) durante los tres días siguientes.

Así, tenemos una estructura bipartita (*creatio* y *distinctio*) o tripartita (*creatio*, *distinctio*, *ornatus*) que da cuenta teológicamente de los seis días de la creación, es decir, del orden de la creación de las criaturas corporales.

b) El fundamento de los principios de la naturaleza

Sin embargo, santo Tomás va más allá al utilizar la física para explicar este orden. Se basa aquí en los desarrollos de su maestro Alberto Magno en el comentario de *las Sentencias*. Alberto Magno utiliza el esquema aristotélico de los principios del ser móvil para explicar la división entre *opus creationis* y *opus distinctionis*. Para que haya un cambio, se necesita un sujeto del cambio y unos contrarios. Según el ejemplo de Aristóteles, el hecho de cultivarse, que es un cambio según el accidente de calidad, requiere un sujeto (el hombre) y unos contrarios: el hombre que era inculto se cultiva, pasa de un contrario a otro. El sujeto asegura la continuidad del movimiento; los contrarios aseguran que efectivamente hay cambio. Son los famosos principios del ser móvil: el sujeto, la privación y la forma (adquirida).

> «Según mi juicio, se requieren tres [cosas] para la instauración de la naturaleza, a saber, la sustancia de los principios, su determinación a las formas según actúan y sufren, mueven y son movidas, y su determinación a la acción unívoca de tal o cual especie. Por ejemplo, la naturaleza no actúa, como dice el Filósofo, si solo hay contrarios, porque no habrá sujeto

común. Y si hay un sujeto sin contrarios, no habrá acción ni pasión, porque, como dice el Filósofo, el fuego, el aire y la tierra solo actúan en cuanto son contrarios[11] ».

Así, para Alberto Magno, los seis días del Génesis 1, y más concretamente *el opus creationis* y *el opus distinctionis*, dan cuenta de la creación de los principios de la naturaleza y del cambio. De manera similar, Tomás de Aquino explica la necesidad de una «obra de distinción» (*opus distinctionis*) después de la «obra de creación» (*opus creationis*):

> «En las obras de los seis días, la naturaleza fue instituida de tal manera que los principios de la naturaleza entonces establecidos subsistieran en sí mismos y que, a partir de ellos, otras realidades pudieran propagarse por acción y pasión mutuas. Por eso era necesario conferirles el ser y las virtudes activas y pasivas que Agustín llama razones seminales, por las cuales, a partir de los [principios de la naturaleza], se produjeron los efectos consiguientes[12] ».

La obra de la creación produce los principios de la naturaleza, es decir, les da existencia. Pero luego deben interactuar entre sí. Para ello se necesitan virtudes activas y pasivas. Santo Tomás se refiere aquí a los contrarios que caracterizan a los elementos: calor, frío, sequedad y humedad. La interacción de los elementos mediante estas virtudes es la condición material para la aparición de cuerpos más complejos, que recibirán sus formas a lo largo de los seis días, es decir, de la obra de distinción en sentido amplio.

c) Las razones de la conveniencia de la creación de los cuerpos

¿Qué se deduce de ello? Que no basta con que la teología de la creación dé cuenta de la aparición del ser de las criaturas, que es la base de la metafísica. Sino que la teología de la creación, a través del estudio de la distinción, también da cuenta de la aparición del devenir de las criaturas corporales, que es la base de la física. La producción en el ser de las criaturas proviene del poder de Dios. Su distinción se refiere a la sabiduría de Dios, como dice Tomás:

> «En la creación debe manifestarse no solo la virtud del poder, sino también el orden de la sabiduría, de modo que lo que es anterior por naturaleza también se instituya anteriormente[13] ».

Es la sabiduría de Dios la que se manifiesta en la distinción de las criaturas según un orden. Existe un orden entre las criaturas corporales, pero también existe un orden dentro de las criaturas corporales. El orden más fundamental que destaca el primer capítulo del Génesis es el orden entre la materia y la forma, que se refleja en el orden entre la obra de la creación (*opus creationis)*, cuyo término es la materia informe, y la obra de la distinción (*opus distinctionis)*, cuyo término es la forma en la materia. Tomás da cuenta aquí de la distinción que es una

[11] ALBERTO MAGNO, *In II Sent.,* d. 13, a. 1, sol. (Borgnet, vol. 27, p. 242b).
[12] TOMÁS DE AQUINO, *In II Sent.,* d. 13, q. 1, a. 1, sol. (Mand., p. 327).
[13] TOMÁS DE AQUINO, *In II Sent.,* d. 12, q. 1, a. 2, ad 4.

consecuencia directa del movimiento de las criaturas corporales: la distinción entre la materia y la forma.

También existe en las criaturas corporales (como en las demás criaturas) un orden del ser a la operación, un orden del acto primero al acto segundo. Tomás lee esto en la descripción del séptimo día de la creación. Tomás de Aquino se enfrenta, en efecto, a la doble traducción latina de Gn 2, 2. Según la *Vetus Latina* utilizada por Agustín, Dios «cumplió sus obras el sexto día» (*consummavit Deus in die sexto opera sua)*. Según la Vulgata, «Dios completó su obra el séptimo día» (*complevit Deus die septimo opus suum)*. Para dar cuenta de estas dos versiones, distingue dos sentidos de la finalización:

> «La consumación según la integridad de las partes en el universo corresponde al sexto día; la consumación según la operación de las partes corresponde al séptimo día[14] ».

Las obras de los seis días constituyen, por tanto, las criaturas corporales en su ser y describen la institución de la naturaleza. El séptimo día es el gobierno divino en el que Dios dirige todas las cosas hacia su fin. Aquí encontramos el fundamento de una distinción metafísica esencial, la distinción entre el ser y la operación.

III. Conclusión

[14] TOMÁS DE AQUINO, *Sum. theol.,* Ia, q. 73, a. 1, ad 2.